

# REPERTORIO AMERICANO

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 14 DE ENERO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

## El máximo común divisor

HAY una ley sociológica indubitable que declara imposible, o punto menos, la explicación de los hechos económicos, jurídicos, políticos, etc., de una sociedad, sin tomar en cuenta los propios hechos sociales de las colectividades vecinas. En otros términos: todas las sociedades humanas son solidarias; pero sobre todo lo son las que más íntimamente se relacionan por su vecindad.

A priori puede decirse, entonces, que los actos de nuestra vida nacional están en perpetua relación, en íntimo consorcio, con los actos de la vida nacional de los Estados Unidos de América.

En efecto, los Estados Unidos han sido el principal elemento disolvente de la patria mexicana. Este artículo tiende a demostrarlo recordando, someramente, algunos de los episodios más característicos de la vida de nuestro país como entidad independiente y soberana, a partir del primer imperio.

Hemos procurado asumir la mayor imparcialidad al justipreciar la acción yanqui en México. A ello nos obligan dos razones supremas. Nuestro papel de escritor público, en primer término (ya que difundir la verdad o lo que se estima como verdad, es la misión de la prensa periódica), y la veneración que profesamos hacia la historia nacional, dramática siempre, a veces terriblemente monstruosa, pero siempre capaz de inspirarnos el sagrado sentimiento del honor y de la patria.

No bien se consumó la independencia, los Estados Unidos e Inglaterra reconocieron a nuestra Nación. El señor Joel R. Poinsett fué enviado por la primera de ambas potencias con el carácter de plenipotenciario. Su obra se caracterizó, desde luego, por intervenir, descompasadamente, en nuestras discordias intestinas, difundiendo la francmasonería y dividiendo a los mismos heroicos varones que nos dieron patria en moderados o «escoceses» y «yorquinos» o exaltados. Bravo fué escocés y Guerrero yorquino. El director oculto de los exaltados era el mismo

funesto señor Joel R. Poinsett. ¡Apenas si nacíamos a la vida de pueblo soberano, y ya principiaba a fermentar en la conciencia pública la acción disolvente de los Estados Unidos!

El segundo episodio de la acción yanqui en la historia nacional es la desventurada guerra de Texas. La colonia norteamericana, dirigida por Esteban Austin, so pretexto del cambio de gobierno efectuado por Santa Anna, se pronunció contra el gobierno mexicano y erigió en república independiente la vasta tierra de Texas. El gobierno yanqui reconoció la independencia de aquel lejano Estado y celebró con él un pacto de agregación a la Unión Norteamericana. Era el primer acto de disgregación de México, consentido e inspirado por la Cancillería de Washington, en contra de todos los principios del derecho de gentes.

El tercer episodio es el más doloroso

de todos. La patria mexicana hubo de contraer su territorio a la mitad, solamente, para entregar a los Estados Unidos la mejor porción de su suelo. La rapiña y la perfidia habían logrado su objeto. El máximo común divisor terminaba su brillante operación matemática. ¿Continuaría en lo sucesivo ejerciendo la propia subdivisión inhumana?...

Sí, siempre. Su esencia es provocar sin término la separación de nuestros conciudadanos; nuestras luchas fratricidas, nuestras pasiones políticas irreconciliables, para sostener ante el mundo que los mexicanos no podemos ni sabemos gobernarnos a nosotros mismos. Entonces el mundo verá como cosa natural y debida la intervención de los Estados Unidos en nuestra vida política interna, y dirá: «puesto que los mexicanos ignoran el arte de la política, nada más justo que los yanquis les enseñen a practicarlo». Por eso todas nuestras revoluciones se preparan en las fronteras de la República, con rifles yanquis, y triunfan en la capital sobre pechos mexicanos.

(Pasa a la página 243)

## El ideal de la vida

JUAN vivía en una aldea próxima a la ciudad. La casa estaba rodeada de un corto jardín. Reinaba en ella el silencio. Todo estaba limpio. Sólo resonaba, en una espaciosa pieza, un ruido rítmico, sonoro, que a mediodía cesaba y que cesaba al anochecer. La mujer de Juan se llamaba María. Juan y María tenían un hijo que llevaba el nombre de Roberto. ¿He hablado ya de la cocina de la casa? El ruidito rítmico, sonoro, que se escuchaba en una clara estancia era el ruido de un telar. Juan era tejedor. Su hijo trabajaba también en el telar. Con el maestro y el hijo trabajaban asimismo dos oficiales y un aprendiz. Pero no he hablado todavía de la cocina. En la cocina todo relucía de limpio. Todo esplendía. La espetera de refulgente cobre estaba simétricamente colgada

en las paredes. Calderitas, jarros de variadas formas, cazos grandes y chicos, escalfadores, todos los utensilios del arte coquinario formaban una larga ringlera en los lisos muros. El trabajo era regular y escrupuloso. Amaba fervorosamente su oficio el tejedor. Inculcaba su fervor a sus oficiales y aprendices. Calladamente, en la ancha estancia, las lanzaderas iban de una parte a otra con el son rítmico del telar. Y en el telar se iban mostrando, poco a poco, los recios paños con olor a juarda, de la lana grasienta, o los coloreados paramentos—blancos, rojos, verdes, azules—que luego habían de lucir sobre los viejos arcones en las casas o en las artesas familiares para cubrir los panes. Todo era silencio en la casa a la hora del trabajo. De tarde en tarde, del silencio, de pronto, sur-